

## HONORIO DELGADO: RECUERDOS

Luis Trelles Montero\*

Escribir sobre Honorio Delgado en una revista tan seria y prestigiosa como la que acoje, no consiste en repetir lo que todos sabemos: que nació en Arequipa el 26 de setiembre de 1892 y murió en Lima hace 20 años, luego de una vida al servicio del intelecto, de los enfermos y del país. No recordaré que fue profesor de Psiquiatría en San Marcos, Decano de su facultad de medicina, primer Rector de Cayetano Heredia, fundador de la Revista de Neuro-psiquiatría. Tampoco escribiré sobre los numerosísimos artículos y libros que publicó, ni sobre los comentarios que alguna vez Henry Ey me hizo sobre él. Ni insistiré en que fue un embajador de la Psiquiatría y de la Medicina Peruana. Sólo quiero evocar aquí algunos recuerdos imperecederos que guardo de él

Tuve la suerte de conocer, desde la infancia, al Profesor Honorio Delgado, pues una entrañable amistad lo ligaba a mi padre. Mis primeros recuerdos son los de un señor adusto, serio y formal. Vestido, incluso para aquella época, de manera muy formal: guantes, escarpines, bastón y sombrero. Su figura quiijotesca nos impresionaba, tanto a mis hermanos como a mí

A pesar del respeto que infundía, no me era posible sentirlo totalmente lejano. Su figura, la de un caballero español de comienzos de siglo, exhalaba un calor especial, que incitaba a la intimidad. El niño que era entonces adivinaba probablemente la inagotable bondad, que don Honorio encerraba y la profunda comprensión que tenía del ser humano, de sus virtudes y sus debilidades.

No sin cierto susto acepté que fuese mi padrino de Confirmación y con valor me encaminé a recibir “la bofetada”, que entonces creía muy fuerte, en

---

\* Profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú

su compañía. Pensaba que la medida que irradiaba me permitiría soportar estóicamente este sacramento.

En mi adolescencia, probablemente durante comidas en mi casa, comencé a apreciar su valor intelectual y lo certero de sus consejos. Me dió dos que aún ahora practico: “La profesión que escojemos debe ser algo que nos apasione, pues es para toda la vida”, me dijo un día en una comida en el Club Nacional a la que me invitó con mi hermano Jorge. Desde entonces he tratado de abordar con pasión las tareas que la vida me ha encomendado, muy simple de realizar. Para formarse bien, dijo Delgado, hay que proponerse leer diez libros importantes por año... ¡Hasta ahora estoy tratando de cumplirlo!

Acompañarlo en su visita diaria de pacientes fue un verdadero deleite que disfruté cuando trabajé con él en la clínica Santa Clara. La cordialidad, amabilidad y humor con que trataba a los enfermos eran un ejemplo para los jóvenes médicos que lo admirábamos y habíamos elegido como símbolo en nuestra lucha para preservar la Universidad en el Perú. Idea de la que nació Cayetano Heredia. Su destreza en el diálogo y el “manejo” de los enfermos psiquiátricos iban de par con su formación científica de una solidez poco común y con la apertura de mente que siempre mostró para toda idea nueva.

No pude disfrutar mucho tiempo su ilustración en la “práctica de la medicina” pues una terrible enfermedad lo llevó a la muerte. Sin embargo, la manera como la enfrentó fue su última pero mas hermosa enseñanza. Hasta el último instante trabajó y su actividad intelectual no desmayó ni un segundo. Pocos días antes de morir, cuando la dolencia ya lo había dejado ciego y casi ya no podía moverse fuera de su cama, me recibió para corregir una reseña, que debía aparecer en la revista de Neuro-psiquiatría. Al preguntarle ¿Cómo se siente Ud. Profesor? respondió: “mejor, mejor, pronto me tendrán nuevamente con ustedes... Nunca más lo volví a ver. A los pocos días se extinguía una de las personas mas notables que me ha sido dado conocer. Pero Honorio Delgado no mentía al decirme que lo tendríamos nuevamente entre nosotros. En realidad nunca ha dejado de estarlo. Su espíritu, su valentía espiritual y física, su confianza en un mundo mejor y en el hombre, han guiado siempre a los que nos consideramos sus discípulos. En estos momentos aciagos de descomposición moral, intelectual y física, el recuerdo de hombres como Honorio Delgado deben guiarnos en la reconstrucción nacional.